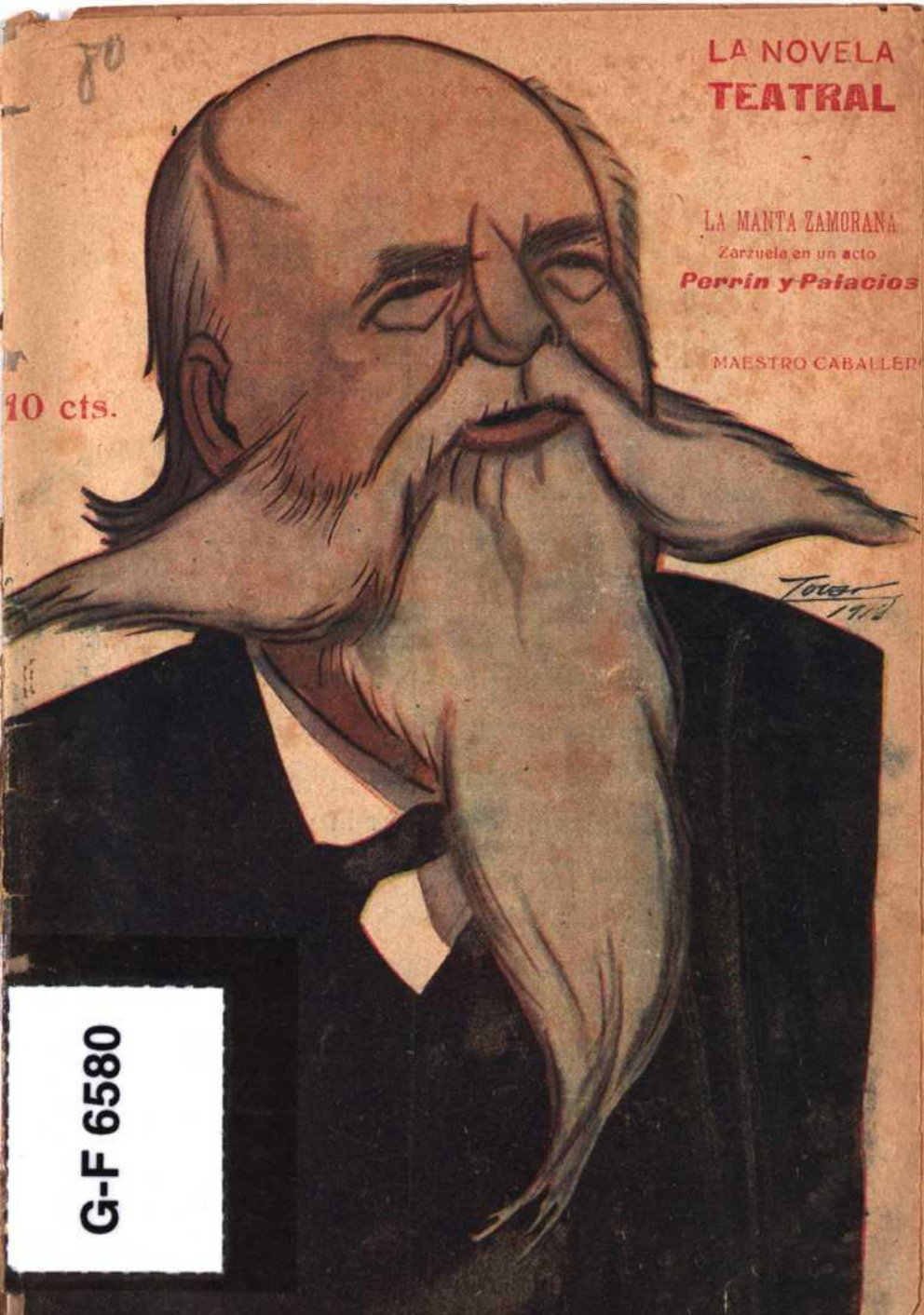


G-F 6580

10 cts.

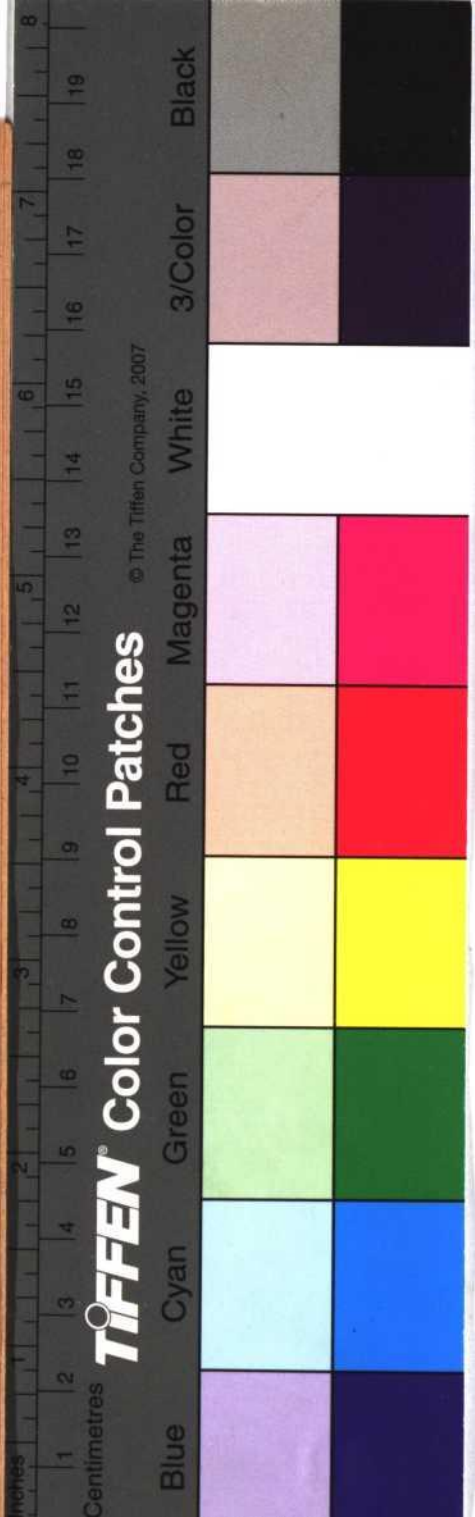


LA NOVELA  
TEATRAL

LA MANTA ZAMORANA  
Zarzuela en un acto  
Porrin y Palacios

MAESTRO CABALLER

Tovar  
1912



© The Tiffen Company, 2007

**TIFFEN** Color Control Patches

**LA NOVELA TEATRAL**

Complemento de la Novela Corta

Director: José de Urquía

Estimulados por el extraordinario éxito que han obtenido nuestras Revistas LA NOVELA CORTA, LA NOVELA TEATRAL y FRINÉ, vamos a lanzar a la publicidad un nuevo semanario de carácter infantil popular, titulado,

**B E B É**

el cual, tanto por sus maravillosas ilustraciones en SEIS COLORES, dibujadas por nuestros más ilustres artistas, como por la exquisita selección de su texto,—cuentos fantásticos interesantísimos, emocionantes narraciones detectivescas, historietas cómicas graciosísimas, etc. etc.—será el semanario preferido por el público infantil.

**B E B É**MARAVILLOSA REVISTA INFANTIL  
**APARECERÁ EN BREVE**

DGCL  
A

# La manta zamorana

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

## Guillermo Perrín y Miguel de Palacios

### PERSONAJES

MARIA JUANA.-EL JOROBETA.-LUCIA.-JUAN  
MANUEL.-RAMON.-PEDRO.-FRANCISCO.-JOSE

Coro general

La acción en un arrabal de la ciudad de Zamora. Epoca actual

## ACTO ÚNICO

Decoración a todo foro. Calle en un arrabal de la ciudad de Zamora. Desde la embocadura del teatro hasta los bastidores de las segundas cajas y en línea recta, rompimiento con columnas grandes corpóreas que forman un soportal que ocupa todo el primer fondo y primer plano del escenario, comprendido entre la embocadura y las segundas cajas. Efecto oscuro de soportales. Entre columna y columna penden un farol grande con bombilla de luz eléctrica. Libres las cajas primeras, derecha e izquierda. En tercera caja fondo derecha hasta la mitad del escenario, fachada de casa pintada de blanco con gran portalón practicable, sostenido por columnas de piedra y cuyo fofrillo, que se colocará en último término, representará el patio de una posada. Detalles a juicio del pintor. Sobre la puerta de piedra, escudo de armas antiguo encalado, y debajo un letrero que dice: «Posada del Sayagués.» En la fachada de esta casa, a la izquierda del portalón, ventana baja con reja espesa; sobre esta balcón grande con balaustrada de madera, Macetas en el balcón, vidrieras, etc. Por este balcón practicable se ve habitación practicable también. Dicha casa forma esquina en mitad del escenario formando ángulo con calle que se pierde por el fondo izquierda. Al final de la citada calle se ve el Real de la Feria con sus puestos, casetas, etc., etc. Fachadas de casas a derecha e izquierda de esta calle, peculiares del país. En tercer término izquierda, y formando esquina a la citada calle, casa con puerta practicable, taberna, característica del país, etc. Al lado de ésta y cerrando la segunda caja izquierda, mesas, taburetes, etc. Es de día. Luz de la tarde. Luego cambia cuando se indique. En los soportales, alfombra de losas de piedra que haga contraste con el color terroso de la calle que divide la escena de un lado a otro del escenario y la que se pierde por el fondo izquierda. A los dos lados del portalón de la posada bancos de piedra, adosados a la fachada. Contraste de luz en los soportales con el sol que baña de lleno en la fachada blanca de la casa de fondo derecha. (Entiendase para las indicaciones de la escena, derecha e izquierda del actor.)



R. 84009

C. 11324/9 695610

## ESCENA I

Al levantarse el telón aparece María Juana con traje de fiesta de Bermillo de Sayago, y Lucía con traje de aldeana zamorana, en el balcón de la posada. A la puerta de ésta, José con traje de aldeano de Sayago, hablando con un grupo de arrieros. Trajes característicos. Charros y charras salmantinos. Coro general sentados en los bancos de piedra adosados a la fachada de la posada. En la taberna de la izquierda grupo de aldeanos zamoranos bebiendo. Coro de hombres. Debajo de los soportales al lado izquierdo, y sentados en taburetes, junto a las mesas Francisco y Pedro con otros varios. Ramón al lado derecho de los soportales con un grupo de aldeanas, a las que muestra unas arracadas y varios collares y gargantillas. Un arriero montado en un burro al lado de los soportales bebe una copa de vino en la puerta de la taberna, y atravesando la calle entra con el burro en la posada.

### MÚSICA

ARRIEROS.—(A José.)

De la feria de este año  
qué decir no tendrá usted,  
que el ganado es de primera.  
Ya lo creo que lo es.

José.  
(Habían bajo.)

RAM.—(A las aldeanas.)

Estas arracadas  
son de plata fina.  
Vamos, animarse,  
animarse, chicas.

ALDEANAS.

Pide usted mucho dinero  
y estas chicas tienen poco.  
¡Ay, qué diantre de mujeres!  
¿Para qué os sirven los novios?

RAM.

FRAN.—(A Pedro.)

En el balcón tienes  
a María Juana.  
Cálie usted, Francisco  
no quiero mirarla.

PED.

ALDEANOS

(Bebiendo.)  
Como el vino de Toro  
no le hay mejor,  
de la sangre del nombre que lleva  
tiene el color.  
Y él enciende nuestra sangre,  
y su fuego nos abrasa,  
y por eso tan valiente  
es la gente zamorana.

(Suena dentro tamboril y gaita en combinación con  
la orquesta, que va aproximándose. Movimiento en  
todas las figuras del cuadro.)

MARÍA

(A Luisa.)  
Oye... Ya vienen  
los de Sayago,  
los de mi pueblo.  
Vamos abajo.  
La gaita alegre  
y el tamboril,  
ya suenan cerca.  
ya están aquí.

LUCÍA

CORO

(Desaparecen del balcón)

La gaita alegre  
y el tamboril,  
ya suenan cerca...  
ya están aquí.

## ESCENA

Dichos y por la calle del fondo aparecen Gaitero y Tamborilero y ocho parejas de Sayagueses, hombres y mujeres con los trajes característicos de fiesta. Los hombres dan la mano a las mujeres y avanzan cantando.

SAYAGUESAS Y  
SAYAGUESES      Mi tierra de Zamora  
no quiero yo dejar  
que en tierra de Zamora  
mi firme amor está.

TODOS                    ¡Los Sayagueses!  
ALDEANAS              ¡Hola, muchachos!  
ALDEANOS              ¡Hola, muchachas!  
TODOS                    ¡Mira qué majos!

## ESCENA II

Dichos, María Juana y Lucía por la posad

MARÍA                    ¡Los de mi pueblo!...  
¡Venga un abrazo!

SAYAGUESES            ¡Venga, paisana!

MARÍA                    Abrazando a algunos.)  
¡Ahí va, paisanos!

(A todos.)

De Bermillo de Sayago,  
cinco leguas de Zamora,  
es la gente más alegre  
y la más trabajadora.  
Con Bermillo de Sayago  
no hay quien pueda competir  
ni en el baile, ni en la plata,  
ni en el rumbo en el vestir.

TODOS                    Es la verdad,  
tiene razón,  
de la tierra sin par zamorana  
son lo mejor.

PED.                      (Levantándose y avanzando.)  
¡Diantre, con vosotros!...  
Siempre rebajando.  
Pues qué... ¿no hay más hombres  
que los de Sayago?  
Y si de mujeres  
hablamos también,  
ya se yo que algunas  
ni saben querer.

(Dirigiéndose a María Juana.)

SAYAGUESES            Todo lo que ha dicho  
mentira es no más.

MARÍA                    Todo lo que dice  
ya sé por quien va.

(Dirigiéndose a Pedro.)

Una moza de Sayago,

que puedo ser yo muy bien,  
para querer necesita  
que a ella le sepan querer.  
Y que el hombre que la quiera  
tenga brío y corazón,  
y lo que tienen los hombres  
para alcanzar nuestro amor.

(Movimiento de aprobación en todos.)

PED. ¿Quién lo dudó?...  
¿Cómo que no?  
Todo eso que dices  
lo tengo aquí yo. (Señalando al corazón.)

MARÍA.—(Con desprecio.)  
¿Tú?... ¡Cál!  
¡Quitate allá!  
De todo lo dicho  
no tienes tú *ná*.  
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

TODOS.—(Riéndose.)

MARÍA. De manera que quedamos  
en que son los de mi pueblo  
los de más gracia y más rumbo,  
de Zamora los primeros.

TODOS. Es la verdad,  
tiene razón.  
De la tierra sin par zamorana  
son lo mejor.

(Avanzando.)

De Bermillo de Sayago,  
cincó leguas de Zamora,  
es la gente más alegre  
y la más trabajadora.  
Con Bermillo de Sayago  
no hay quien pueda competir,  
ni en el baile, ni en la plata,  
ni en el rumbo en el vestir.  
¡Ay, tierra zamorana,  
en donde yo nací!  
¡Ay, tierra zamorana,  
en tí quiero morir!  
Mi tierra de Zamora  
no quiero yo dejar,  
que en tierra de Zamora  
mi firme amor está.

MARÍA.

TODOS.

#### ESCENA IV

Dichos y por el fondo el Jorobeta, tipo desarrapado zamorano. Sale con una guitarrilla colgada a la espalda, y en una mano una cazuela con comida y en la otra unos men-drugos de pan. Este tipo será una tiple, y como su nombre lo indica, será contrahecho y con una chepa no exagerada. Sale y se coloca en un punto visible del proscenio, y se sienta en el suelo a comer.

#### HABLADO

JOSÉ.—(Después de haber cesado la música.) ¡Que viva Sayago y viva su gente, que es la que trae la alegría a la feria de Botijero!

TODOS.—¡Viva!

PED.—(Al Jorobeta.) ¡Pero este Jorobeta de los demonios! ¿A qué te pones a comer aquí?... Largo...

JOR.—¡Jorobeta!... ¡Jorobeta!... La calle es de todos. Me pongo donde me dá la gana.

PED.—(Amenazándole.) A ver si te doy...

JOR.—¿A mí?... ¡Maldita sea!... (Sigue comiendo.)

RAM.—(A un grupo de aldeanos y sayaguesas. Aparte.) ¡Vaya! ¡Aquí saco yo tajada!... (A todas.) ¡A ver, chicas, a ver!... ¿Quién me compra esta sortija de oro esmaltada, con un ¡viva mi amor! que parte los corazones? Ni un arzobispo se le pone mejor. (Hablan bajo.)

LUCIA.—(A María Juana.) ¡Pobre Pedro! ¡Qué mal le has tratado!

MARÍA.—¿Y para qué se pone tan tonto? ¿No sabe ya que no le quiero?

LUCIA.—Pero le quiero yo.

MARÍA.—Pues díselo.

LUCIA.—¿Yo? ¡Qué cosas tienes! ¡Ojalá pudiera!

RAM.—(Separándose del grupo de aldeanas.) Estas arracadas, dos onzas, dos onzas. ¿No las queréis?... (Acercándose a los hombres.) A ver, vosotros, para las novias. ¿Tampoco? ¡Vaya, aquí no hay dos pesetas, ni gusto, ni nada! ¡Si estuviera aquí Juan Manuel, el Zamorano, ya había vendido yo todo esto! ¡Ese sí que es un hombre de rumbo y que se gasta la plata!

JOSÉ.—Eso es verdad.

FRAN.—Y que lo digas.

JOSÉ.—(A María Juana.) ¿Verdad, tío?

MARÍA.—Vamos... padre.

JOSE.—Deja melindres y repulgos. Pues que, ¿no sabe ya todo el arrabal que es tu cortejo y que vas a casarte con él, y muy pronto?

FRAN.—(Aparte.) U lo otro, que como yo pueda...

RAM.—(A María Juana.) ¡Ah! ¿Con que vas a casarte, y con el Zamorano?... Mira, María Juana, qué arracadas y qué gargantilla... Dile a tu novio que te las compre.

PED.—(Aparte.) ¡Diantre con el Zamorano!

LUCIA.—(A Ramón.) ¡Y se las compra como ella lo diga!

JOSE.—¡Pues ya lo creo!

PED.—¡No puedo más, yo reviento! ¡Ya se conoce que todos ustedes se deben algo! ¡Pus no le echan *ustés* incienso, que digamos!

JOSE.—Todo el que se merece. ¿Puedo olvidar yo, que soy bien nacido, lo que hizo por mí?

RAM.—Y por mí.

FRAN.—Y por todos. Yo también le debo favores al Zamorano, y no quisiera más que me pusiera a prueba y entonces veríamos quién era el más agradecido de todos.

PED.—Pues yo no le debo *na*.

RAM.—Pues sí que le debes.

PED.—¿Qué le debo yo?

RAM.—La cara, que no te la ha quitado de una «bofetá» porque no ha querido. (Todos rien.)

JOR.—Eso.

PED.—¿A mí? ¿El Zamorano? ¡Dichoso Zamorano! ¿Pues quién es él?

JOR.—(Aparte.) ¿A qué le tiro la cazuela? (Levantándose.)

PED.—¡Pues ni que estuviera de non! ¡Ni que fuera un santo milagroso!

JOR.—(Aparte.) ¡Este se la va a ganar!

PED.—¡Ponerle cirios!

JOR.—(Aparte.) ¡Se la gana!

JOSE.—¡Cállate, Pedro!

PED.—¡Que no quiero! ¡Lo que es el Zamorano es un!...

JOR.—(Se abalanza sobre Pedro y le mete un mendrugo de pan en la boca para tapársela.) No sigas. ¿Quiés pan? ¡Se la ganó!

PED.—¡Lo mato! ¡Lo mato! (Francisco y Ramón sujetan a Pedro.)

FRAN.—¿Qué vas a hacer?

MARÍA. } (Conteniendo al Jorobeta.) ¡Jorobeta!

LUCIA. }

RAM.—¡Pedro!

JOR.—*Soltar* a ese envidioso.

PED.—*Dejarme*.

JOR.—*Dejarlo...* Si le puedo. Dame lo que me llevas de alto. ¡Anda! ¡ya lo creo que le puedo! ¿Quieres aquí? ¡Pues aquí! ¿No *quies* aquí, porque no vean cómo te hincho los morros? Pues allá... detrás de la posá... Anda... ven... que yo me pego de largo con esta. (Sacando la honda.) Verás que *pedrá* te atizo con la honda.

PED.—¡Soltarme, hombre!

FRAN.—Si es un chiquillo, ¿no lo ves?

JOSE.—¡Vete, Jorobeta, vete!

JOR.—Bueno. Me voy por... no perderme. Pero conste que delante de mí no habla nadie mal del Zamorano, porque le muerdo. ¡Porque yo soy un hombre! (Medio llorando.) Pero anda, ven, corre, no seas blanco... Si no llevo *na...* *Na* más que la honda, ¡Anda!., ¡Anda!... ¡Pero, ca! ¡No viene! ¡Maldita sea!... (Vase fondo.)

## ESCENA V

Dichos, menos el Jorobeta.

RAM.—¡Pero qué chiquillo!

FRAN.—¡Diantre con el Jorobeta!

PED.—¡Y que sufra yo esto!

JOSE.—¿Y qué ibas a hacer? ¿Pegarle a un chico?

MARIA.—¡Qué valentía!

PED.—¡Al chico no!... Pero si alguien le abona, aunque sea el Zamorano.

RAM.—Oye, con ese no te metas, por si acaso.

PED.—¡Ero, hombre, ¿quién es el Zamorano?... ¿Se come a los hombres?... ¿Es el Cid Campeador?

## ESCENA VI

Dichos y Juan Manuel, por el fondo izquierda. Traje del país y mantilla zamorana a hombro.

JUAN.—(Que habrá oído las últimas frases de Pedro.) Buenas tardes señores.

MARIA.—¡Juan Manuel!

LUCÍA.—¡El Zamorano!

JUAN.—Hola, María Juana. Hola, Lucía. Aquí todos mis paisanos. Bien venidos a la feria.

RAM.—Que Dios guarde al zamorano más rumboso de toda la provincia. Chócala.

JUAN.—Hola, platero.

FRAN.—Salud.

JUAN.—Oye, Pedro. (Avanza con él hacia el proscenio.)

MARIA.—(Aparte.) ¿Habrá oído algo?

JOSÉ.—Tendremos cuestión.

JUAN.—(A Pedro en voz baja.) Cuando me nombres para algo, nómbrame bajito, ¿sabes?... Y no me compares con el Cid ni con nadie, porque yo valgo muy poco... Y tú, Pedro, vales menos. (Volviéndose a todos.) Conque, señores... yo pago el vino...

JOSÉ.—Eso no. Va de mi cuenta.

FRAN.—(A Pedro.) ¿Qué te ha dicho?

PED.—¿Qué me ha de decir?... Que me ha preguntado cómo estaba.

JOSÉ.—Adentro... todos a mi posada, y en anocheciendo aquí el gran baile. María Juana, tú con las mozas y dalas aposento. Los mozos conmigo. ¡Ramón!... ¡Francisco!...

JUAN.—Señor José, que se le ha olvidado a usted Pedro. Pedro, a tomar una jarra.

PED.—Gracias. (Aparte.) Este hombre me está buscando. (Sayagueses y sayaguesas entran en la posada con María Juana, Ramón y Pedro. Los arrieros entran en la taberna. Otro grupo vase por el fondo.)



JOSÉ.—(A Juan Manuel.) ¿Y tú, no vienes?

JUAN.—Ahora. (Vase.)

LUCÍA.—(A Francisco.) Tío, ¿no entra *usté*?

JUAN.—(A Lucía.) Ahora entrará. Déjanos Lucía que tengo que hablarle. (Vase Lucía.)

FRAN.—¿A mí?... Y yo también a ti.

## ESCENA VII

Juan Manuel y Francisco.

JUAN.—(Después de haber visto que han quedado solos.) Pus empiece *usté*.

FRAN.—No; tú primero.

JUAN.—Empiece *usté*, Francisco.

FRAN.—Pues voy allá. (Aparte.) (A ver cómo me sale esto.) Pues... lo primero que quiero decirte, hacerte una pregunta que te va a parecer un escopetazo, pero que es hija de la buena voluntad que tengo.

JUAN.—*Usté* dirá.

FRAN.—Oye; aquí en confianza. ¿Tú crees que es de corazón el cariño que te manifiesta María Juana?

JUAN.—Sí, señor; de corazón. ¿Por qué no ha de serlo?

FRAN.—Tú eres muy rico, Juan Manuel, muy rico.

JUAN.—(Como contrariado.) Sí... y *usté* supone que...

FRAN.—Yo no supongo nada. Yo a lo que me atengo es a éstas. (Señalando las orejas.)

JUAN.—No le entiendo a *usté*.

FRAN.—A éstas... Que han oído al señor José la otra noche decirle a María Juana... «Que se nos va a escapar... No estés fría con él... Métele en cariño, que nos conviene.» ¡Eh?... ¿Qué tal?

JUAN.—Bueno. Pues siga *usté*.

FRAN.—Bueno. Pues siga. ¿Necesita una chica que quiere de veras que le diga su padre esas cosas?

JUAN.—¿Pero *usté* qué quiere decir con todo esto?

FRAN.—(Aparte.) ¡Qué demonio! Yo se lo digo) Pues quiero decirte que María Juana no te quiere por ti, sino por tu dinero. (Aparte.) (Se la solté.) ¡Chico, un desengaño! Así está el mundo... No te apenes... Mira tú si tú tendrás mujeres... Y en fin, vamos, a mí se me ha figurao todo eso y perdona.

JUAN.—¡Vamos, Francisco!

FRAN.—¡Ah! ¿Pero tú no lo crees así?

JUAN.—¿Yo? Pues si yo lo creyera...

FRAN.—¿Qué harías?

JUAN.—No lo sé.

FRAN.—¿Y por qué no has de creerlo? ¿Sería el primer caso?

JUAN.—No, pero...

FRAN.—¿Quieres pruebas?

JUAN.—¿Las tiene *usté*?

FRAN.—Yo no, pero en tus manos las tienes.

JUAN.—¿En mi mano?

FRAN.—En tu mano. Con decir que estás arruinado, que estás en la pobreza, te puedes convencer de todo lo que te llevo dicho.

JUAN.—(Con sorpresa.) ¿Qué?... (Aparte.) (¿Sabrá éste ya lo que me pasa?)

FRAN.—La cabeza me juego a que me salgo con la mía. A que María Juana no te quiere mas que por tu plata. Y si tú quieres, yo corro la noticia, y ya verás como la veleta de su cariño, que antes señalaba al Zamorano y nada más que al Zamorano, empieza a dar vueltas y vueltas al cambio del aire de tu desgracia.

JUAN.—Pero... digo... no es mala idea... Tienes razón... Probaremos... Lo que *usté* quiera.

FRAN.—Pues yo me encargo de todo, déjame a mí y pronto me darás las gracias... ¡Qué demonio! Más vale conocerlo antes... (Aparte.) A éste le caso

yo con mi Lucía... Y vamos, vamos a lo tuyo... ¿Qué tienes que decirme?.. Habla.

JUAN.—Yo... Nada... No... Otro día. Lo mío no tiene importancia.

FRAN.—Bueno. Como quieras. Pues voy corriendo y ya verás... Mira que tú pobre. ¡Lo que a mí se me ocurre no se le ocurre a nadie. Dentro de un momento lo sabe todo el arrabal... ¡Mira que tú pobre! Vaya, vaya, hasta luego. (Va-se posada.)

JUAN.—Vaya *usté* con Dios. ¡Si supiera que no va a mentir!... ¡Que lo he perdido todo!... ¡Que es cierta por desgracia mi pobreza!... ¿Pero será posible que María Juana?

## ESCENA VIII

Juan Manuel y María Juana por la posada

MARIA.—Juan Manuel... ¡Hombre, que te esperan!

JUAN.—Sí... ya voy. Pero, oye, María Juana.

MARIA.—¿Qué me quieres?

JUAN.—Verte esa cara de gloria, mujer. Más cerca.

MARIA.—Vamos, no seas tonto, anda.

JUAN.—Déjalos que esperen. Si quiero mirarte. Más cerca. (Se cogen de la mano y hablan bajo.)

## ESCENA IX

Dichos y Pedro por la posada y a poco Ramón por la misma

PED.—(Aparte.) ¡Juntos! ¿Por qué habré salido yo para ver esto? (Se queda en el fondo como distraído.)

RAM.—¡Huy! La ocasión la pintan calva. Se están arrullando los palomos. (Avanza sigilosamente y se coloca entre Juan Manuel y María Juana.) Pero qué bien le sentarian estas arracadas a María Juana. ¿Verdad, Juan Manuel?

MARIA.—Vamos, quite *usté*, señor Ramón.

JUAN.—¿Si las quieres?...

MARIA.—De ninguna manera.

RAM.—Pero, pedazo de tonta, si te las feria. Tómalas... ¿Vas a despreciar una prueba de cariño de tanto peso? Son macizas.

MARIA.—¿Pero *usté* se cree que yo le quiero a Juan Manuel por el interés?

JUAN.—¿Verdad que nó? María Juana. ¿Verdad que nó?... Repítelo.

MARIA.—Ya lo he dicho.

PED.—(Aparte.) ¿Por qué no seré yo sordo de nacimiento?

RAM.—(Con las arracadas en la mano.) ¿Con que?...

JUAN.—(Aparte.) El señor Francisco se engaña. Me quiere por mí y nada más que por mí.

MARIA.—(A Juan Manuel.) Pero, chico, que van a beberse todo el vino. Vamos.

JUAN.—Vamos. Sí... Vamos... (Aparte.) Si no era posible. (Vanse María Juana y Juan Manuel por la posada.)

RAM.—Pero...

## ESCENA X

Pedro y Ramón.

PED.—(Bajandro al proscenio.) Ahí tiene *usté* a los ricos, a los rumbosos. ¡Ja, ja!

RAM.—Pues señor, que no encuentro a quien ponerle este par. ¿A que no

hay orejas en toda la feria para vosotras? ¡Por vida de las arracadas y qué mala pata tienen!

PED.—Pues ya ha venido el Zamorano. ¿No decía usted que en cuanto que viniera el Zamorano?...

RAM.—Mira, mira, que no estoy para bromas.

PED.—Pues el que no sepa sufrirlas que no las dé, que yo bien las sufro de todo el arrabal desde que María Juana me dejó por ese hombre a quien todos ensalzan. Pero eso va a tener fin, y muy pronto.

RAM.—¿Sí?

PED.—Y un fin muy malo. Y como yo me decida, lo que es aquí más de cuatro me van a tener miedo. Y se van a tener que encerrar en su casa cuando yo transite.

RAM.—¡Hombre! ¡Gracias a Dios! Pues no tenía yo pocas ganas de cono-  
certe; desde pequeñito. Ya sé quién eres... El Coco... ¡Ay, qué miedo! ¡Ja, ja!  
(Vase corriendo primera derecha.)

PED.—¡Cuando digo que voy a tener que enseñar las uñas! ¡Cuando digo que yo le voy a mascar a alguno algo! (Vase taberna.)

## ESCENA XI

Queda la escena sola por breves momentos. Se oye dentro en la posada rasguear de guitarras en combinación con la orquesta. Después, cuando lo indique la música, sale el Jorobeta por el fondo y avanza al proscenio.

### MÚSICA

CORO.—(Dentro.)

*Paloma voladora  
que vas al palomar.  
Paloma, que ya es hora  
de ir al palomar.*

JUAN.—(Dentro.)

«Tengo de darle a mi novia  
cuando me case con ella,  
más besos que *tié* colores  
mi mantilla sayaguesa.»

(Sale el Jorobeta y escucha a la puerta de la posada.)

CORO.—(Dentro.)

Tiene mi morena  
negros los ojillos,  
manos pequeñinas  
los pies pequeñinos.  
Tiene muy hermoso  
*tóo* lo que se ve...  
Lo demás que tenga  
vaya usted a saber.  
Todos contentos  
beben y cantan  
al son alegre  
de las guitarras.

JOR.

Avanzando.,

También el pobrecillo  
de la joroba,  
canta con su guitarra  
que ríe y llora.  
Ellos cantan felices  
coplas de amor,  
y yo pido limosna  
con mi canción.

(Cantando y tocando la guitarrilla.)

No tengo padre ni madre.  
no tengo casa ni pan,  
¡ay! ¡ay ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! qué pena,  
qué pena es no tener *ni*.  
Pero tengo una guitarra,  
una guitarra y la toco,  
y el que tiene una guitarra,  
ya en el mundo no está solo.

Suena, guitarrilla,  
que son tus sonidos  
las risas alegres  
del jorobadico.

Suena, guitarrilla,  
que oyendo tus notas  
les dicen los mozos  
a todas las mozas...  
Escucha, morena,  
y alegra esa cara;  
ya suena, ya suena  
con dulce sonido,  
la alegre guitarra  
del jorobadico.

MARÍA

(Dentro.)

«De Bermillo de Sayago  
es el hombre a quien yo quiero  
de Bermillo de Sayago  
es el hombre por quien muero.»

UNIS

TODOS

EL JOROBETA

(Dentro.)

Tiene mi morena  
negros los ojillos,  
manos pequeñinas,  
los pies pequeñinos,  
Tiene muy hermoso  
todo lo que se ve;  
lo demás que tenga,  
vaya usted a saber.

(En escena.)

Suena, guitarrilla,  
que son tus sonidos  
las risas alegres  
del Jorobadico.  
Suena, guitarrilla,  
que tu canto es,  
del Jorobadico  
el único bien.

## ESCENA XII

Dicho y Ramón primera derecha, con una caja de las que llevan los buhoneros.

HABLADO

RAM.—Vaya... Vamos hacia la feria a ver si se vende algo.

JOR.—El platero... A ver si me gano alguna perrilla... Señor Ramón, ¿le llevo a usted la caja?

RAM.—¡Hola!... ¿Estas tú aquí otra vez, Jorobeta?

JOR.—Sí, señor... ¿La llevo por una perra?

RAM.—Carga con ella, hombre, y andando... (Se la da.)

JOR.—¡Diantrel! ¡Cómo pesan las cosas buenas! (Se dirige al fondo.)

## ESCENA XIII

Dichos y Juan Manuel, por la posada,

JUAN.—Calle, el señor Ramón... ¡Eh! Señor Ramón, oiga *usted* una palabra.

JOR.—Buenas tardes, señor Juan Manuel. (Quitándose la gorra.) ¿Está usted bueno?

JUAN.—Hola, buen mozo... Toma. (Le da unas monedas.)  
JOR.—¡Tres perras grandes!... ¡Qué bueno es este hombre!  
RAM.—(A Juan Manuel.) ¿Y qué quieres? (Hablan bajo.)

#### ESCENA XIV

Dichos y María Juana, al balcón.

MARÍA.—(Desde el balcón.) ¡Ah! Sí... Allí está Juan Manuel y hablando con el señor Ramón. ¿A que me están mercando las arracadas? ¡Valiente tonto!

RAM.—(A Juan Manuel.) Dos onzas, chico, dos onzas... Ya ves regaladas.

JUAN.—Sí... Vengan.

RAM.—Ahí las tienes.

JUAN.—Bueno. Ya se las pagaré, señor Ramón... Ahora no llevo...

RAM.—¡Lo que quieras, hombre! Parece mentira... Tratándose de tí... Como si no me las quisieras pagar.

JUAN.—Eso no.

MARÍA.—¿Qué hablarán?...

RAM.—Todo lo mío es tuyo. Vamos, hombre, dos onzas... Una miseria. Me ofendes, hombre... Muchas gracias.

RAM.—Vaya, adiós.

JUAN.—Vaya *usté* con Dios.

RAM.—(Aparte.) ¡Qué delicado es y qué rumboso! ¡Ni ha regateado siquiera! (Vase hacia el fondo y ve a María Juana en el balcón.) ¡Ah! María Juana... (Durante el diálogo entre Juan Manuel y el Jorobeta, Ramón hace señas desde la calle a María Juana, que Juan Manuel le ha comprado las arracadas. María Juana le dice por señas que se calle y se retira del balcón.)

JOR.—Adiós, señor Juan Manuel, que siga *usté* bueno, y que Dios se lo pague y se lo aumente.

JUAN.—Muchas gracias, hombre.

RAM.—Anda, Jorobeta.

JOR.—Voy allá. (Carga con la caja y vanse Ramón y el Jorobeta por el fondo.)

#### ESCENA XV

Juan Manuel y a poco José y Francisco, por la posada.

JUAN.—(Aparte.) Pero qué vueltas da el mundo. ¿Quién había de decirme que yo no iba a poder pagar esta miseria? (Mirando las arracadas.)

JOSÉ.—(A Francisco.) Pero si parece imposible lo que me dices.

FRAN.—Pues es la fija y allí le tienes. (Señalándole a Juan Manuel.)

JOSÉ.—Pues voy... Las cosas claras.

FRAN.—(Aparte, riéndose.) Va a tener gracia. (Vase posada.)

#### ESCENA XVI

Juan Manuel y José.

JOSÉ.—Juan Manuel, ¿qué haces ahí tan pensativo? ¿Te pasa algo?

JUAN.—A mí nada.

JOSÉ.—Tú no eres franco conmigo. Desde que llegaste te he notado un no sé qué en la cara.

JUAN.—(Aparte.) (Este es un buen hombre. Para qué reservarme...) Pues sí, señor José... Me sucede... que la ambición me ha perdido... Que queriendo aumentar la fortuna que me dejó mi padre, que en paz descansa, me metí en negocios, emprendí empresas que no entendía y lo he perdido todo. Esto es lo que me sucede, señor José.

JOSÉ.—¿Pero qué dices?... (Aparte.) Pues era cierto lo que me dijo Francisco.

JUAN.—Digo... la pura verdad. ¡Para qué he de andar con tampujos y sobre todo con *usté*, con *usté* que tanto me quiere!

JOSÉ.—Eso no lo dudes. (Pausa.) Pero, ¿por qué has sido loco, hombre?

JUAN.—Ya no tiene remedio. No hablemos de eso.

JOSÉ.—Pero oye... ¿Y no te ha quedado nada?

JUAN.—Nada. La casa vieja de Bermillo, que vale bien poco, y esa hipotecada...

JOSÉ.—¡Jesús! ¡Hombre! ¡Jesús!... ¡Qué desgracia!

JUAN.—¡Terrible! Pero yo soy joven y tengo ánimos y trabajaré y no estoy tan solo ni tan abandonado. ¿Verdad, señor José? Porque *usted* y Francisco y Ramón y otros me ayudarán, y no lo digo por lo que por ustedes hice, que eso ya se me ha olvidado, sino porque sé que me quieren.

JOSÉ.—No faltaba más. Ya lo creo. Pues digo, ¿Puedes dudarle? Para las ocasiones son los amigos.

JUAN.—No. Si no lo dudo. Lo que le pido a *usted* por favor es que María Juana no sepa nada así de pronto.

JOSÉ.—¡Jesús! ¡Hombre! ¡Jesús!

JUAN.—Yo no me atrevo a decírselo. Ahora iba a verla; pero no, no me atrevo, *usted* se lo dirá poco a poco... Me voy... Hasta después, señor José... Adiós. (Vase segunda derecha.)

JOSÉ.—¡Anda con Dios! (Después de una larga pausa.) Y yo que quería que María Juana... Pues no va a poder ser.

## ESCENA XVII

Dicho, María Juana y Francisco, por la posada. Empieza a anochecer.

MARIA.—¡Padre! ¡Padre!... ¿Es verdad lo que me ha dicho el señor Francisco? ¿Es cierto?

FRAN.—No quiere creerlo.

JOSÉ.—Pues hija, créelo... Ahora me lo acaba de decir él mismo.

FRAN.—¿El mismo, eh?... Claro... (Aparte.) ¡Qué tunante! Ha seguido mi consejo.

MARIA.—¡Pobre Juan Manuel!

JOSE.—Esa es la palabra... ¡Pobre!

MARIA.—¿Y dónde está? ¿Por qué se ha ido?

FRAN.—Le dará vergüenza decirte...

MARIA.—¡Qué tontería! ¿Por qué? Yo le he de seguir queriendo lo mismo o puede que más. Pobreza no es vileza.

FRAN.—Vileza no, pero miseria sí.

JOSE.—Tiene razón Francisco.

MARIA.—¿Qué dice *usted*?...

JOSE.—Pues digo que... No me importa que esté este delante, (Señalando a Francisco.) que las cosas han cambiado, pero mucho... Y yo siento lo que le pasa a Juan Manuel... Sí, señor. Pero eres mi hija y debo velar por tí y, vamos, darte un buen consejo. Antes, claro, el Zamorano era una conveniencia, pero ahora... ahora puede que sea una carga.

FRAN.—No dices mal, y perdóna si yo me meto...

JOSE.—¿No sería una lástima que una chica de sus prendas?... ¡Claro! Que yo por tu interés te decía... anda, quíerelo, te conviene, y tú me obedecías.

MARIA.—No... Perdóne *usted*, padre. Yo no le obedecía a *usted*. No señor. Yo obedecía a *éste*... (Señalando al corazón.)

FRAN.—(Aparte.) (Anda.)

JOSE.—¿Qué quieres decir?

MARIA.—Que le quiero porque le quiero y no porque *usted* me lo mandara.

JOSE.—¿Esas tenemos? (A Francisco.) ¿Pero has visto?

FRAN.—¡Ja... ja!... ¡Qué muchachas las de hoy!

JOSE.—Bueno. Pues yo, tu padre, te digo que esa boda no te conviene, y que no te casas con él, y que ya le es<sup>ta</sup> olvidando, y cuidadito conmigo, porque ya sabes como las gasto.

MARIA.—¡Pero padre!

JOSE.—No hay padre que valga.

FRAN.—(Aparte.) Bueno va. ¡Si conoceré yo el mundo!

MARIA.—(Llorando.) ¡Pobre Juan Manuel!

JOSE.—Y nada de lágrimas y gimoteos. Arre a tu cuarto, y todo se acabó.

MARIA.—Hay cosas que no se acaban, y el cariño es una. (Vase posada.)

JOSE.—¡Contestarme a mí!... ¡A mí!... (Amenazándola.)

FRAN.—Vamos, José... vamos! ¡Si ella al fin y al cabo te obedecerá como siempre!

JOSE.—¡Y que no lo haga! (Hablan bajo.)

### ESCENA XVIII

Dichos menos María Juana. Se hace de noche. Cambia el tono de la decoración. Se iluminan poco a poco los puestos de la feria (situados en el fondo de la izquierda.) Se iluminan los faroles eléctricos de los soportales, y aparecen por la puerta de la posada, Coro general de Bermillo de Sayago con la gaita y el tamboril. Por el fondo aldeanos y aldeanas zamoranos y Lucía por la posada,

#### MÚSICA

SAYAGUESES: Ya dispuestos estamos para ese baile,  
Señor José.  
Y aquí en los soportales como usted ha dicho  
aquí va a ser.

ALDEANAS: Al baile de la plaza,  
al baile vamos ya,  
que aquí la gente moza  
se muere por bailar.

JOSE: Venga el baile, muchachos,  
y la alegría,  
y a bailar las parejas  
con gallardía.

FRAN: (A Lucía.)  
Tu no bailes con nadie;  
te lo prohibo.

LUCIA: (Aparte.)  
¡Ay, si Pedro quisiera  
bailar conmigo!

### ESCENA XIX

Dichos y Pedro por el fondo y Ramón y el Jorobeta por la taberna

PED: ¿Pero empieza ese baile?...  
¡amos, de prisal!

RAM: A formar las parejas;  
pronto, chiquillas.

SAYAGUESES: ¿Dónde está María Juana?

RAM: Esa chica, ¿dónde está?

JOSÉ: Allá dentro, en la posada.

RAM: María Juana, ven acá.

CORO: Venga la copla  
para bailar,  
que las parejas  
aguardan ya.

## ESCENA XX

Dichos y María Juana, posada.

MARIA.

Aunque la pena  
mi pecho llena,  
no hay más remedio,  
he de cantar.

(Suena la gaita y el tamboril. Se forman las parejas para el baile. Los hombres con castañuelas. María Juana avanzando. Bailan.)

Cuando siegues el trigo  
y hagas el haz,  
cuando lledes las uvas  
para el lagar,  
guárdame de las uvas  
fresco racimo,  
guárdame una amapola  
de las del trigo.

TODOS.

Racimo y amapola  
que amante pido yo.  
Racimo y amapola  
serán prueba de amor.

(Bailan.)

## ESCENA XXI

Dichos y Juan Manuel segunda derecha.

JUAN.

¡Bien por las parejas!  
¡Bien por mis paisanos!

(Aparte.)

(Afuera pesares.)

(A todos.)

¡Ea! ¡También yo bailo!

JOSÉ.—(Rápido a María Juana.)

Si viene a sacarte,  
tú no has de bailar.

MARIA.

¿Y que le respondo?

JOSÉ.

Pues que no, y en paz.

JUAN.—(Dirigiéndose a María Juana.)

Si quieres ser mi pareja,  
María Juana, esta es mi mano.  
Vamos, anda... Que ya esperan.  
Vamos, anda.

MARIA.

Yo... No bailo.

PED.

¿Le desprecia?

LUCIA.

¡María Juana!

JOSÉ.

Me obedece.

FRAN.

Bueno va.

RAM.

¿Qué le pasa a esta chiquilla?

JOR. }

¿Por qué le despreciará?

CORO.)

JUAN.—(Después de una pausa en la que han cantado los demás los anteriores versos.)

¿Que no bailas tú conmigo?

Di la causa. Ya la sé.

FRAN.—(Acercándose a Juan Manuel.)

Se lo dije y ya estás viendo.



JUAN.  
(Pausa y transición.)

Era falso su querer.

Paisanos y amigos,  
prosiga la fiesta,  
que aquí por fortuna  
no faltan parejas.  
Ahí está mi chica.  
Tiene usted razón.  
Lucía...

FRAN.

JUAN.

(Invitándola al baile.)

LUCIA.—(Aparte a Francisco.)

¿Qué hago?  
¿Bailo, tío, o no?  
Pues claro, chiquilla,  
y de coronilla  
sí él lo quiere así.  
Lucía, bailemos  
y el baile alegremos...  
Suena, tamboril.

FRAN.

JUAN.

UN/8

Racimo y amapola  
que amante pido yo, etc.

HABLADO

JUAN.—¿Sabe usted, señor Francisco, que no me había yo fijao en Lucía?  
Cuidado que baila bien y es graciosa.

LUCIA.—Muchas gracias, chico.

FRAN.—Es una perla, hombre, una perla.

RAM.—(A Pedro.) ¿Pero tú sabes lo que ha pasado aquí?

PED.—Yo no sé ni esto.

MARIA.—(A José.) ¿Lo ve usted, padre? Por usted me desprecia.

JOSÉ.—Tonta, ¿y a tí qué te importa? Si es pobre, ¿ya para qué te sirve?

MARIA.—¡Dios mío!

JUAN.—(Aparte.) ¡Quién había de pensarlo! Pero me las paga. La he de reba-  
jar delante de todo el mundo.

LUCIA.—¿Pero qué ha sido esto, María Juana?

MARIA.—Déjame, quita, no me hables.

JUAN.—(A Francisco.) ¡Francisco! ¿Me da usted licencia para feriarle a su  
brina estas arracadas?

FRAN.—Sí, hombre sí... Lo que tú quieras. ¿Qué ofensa hay en ello?... (A to-  
dos.) Señores, miren, miren qué regalo le hace el Zamorano a mi Lucía.

JUAN.—(Entregándole las arracadas.) Toma, para que las luzcas a mi salud.

LUCIA.—(A Francisco.) ¿Las tomo?

FRAN.—Eso no se pregunta. (Lucía se coloca las arracadas y la rodean un grupo  
de aldeanas.)

RAM.—¡Eh! Estas son aquellas; las que nadie compraba... El... él... me las  
compró.

MARIA.—Yo no puedo sufrir esto.

JOSÉ.—¿A dónde vas?

MARIA.—Déjeme usted, padre. (Vase posada.)

## ESCENA XXII

Dichos, menos María Juana.

RAM.—¿Pero qué ha pasado? ¿Qué es esto?

JUAN.—Pues estas son cosas del mundo, señor Ramón. Aquel Zamorano que todos conocíais, aquel Zamorano a quien todos llevaban en palmitas por lo rico y lo rumboso... hoy... se ha quedado pobre, y ya lo veis, la primera que lo ha despreciado al saberlo, es la mujer que él quería. (Movimiento de extrañeza en todos menos en Francisco, que se sonríe maliciosamente.)

LUCIA.—¡Pobre!

PED.—¡Pobre!

JOR.—¡Pobre él! Si no puede ser. Si me ha dado hace un momento tres peras grandes.

RAM.—(A Francisco.) ¿Ha dicho pobre?

FRAN.—Sí... Eso ha dicho... ¡Pobre! No tiene dos pesetas. (Aparte.) ¡Valientes tontos!

JUAN.—Parece mentira, ¿eh? Pues ya lo habéis visto.

JOSÉ.—Oye, tú... Que no permito que lleves en lenguas a mi hija. Si te ha despreciado, ha hecho bien. ¿Hay alguna escritura firmada? ¿Se te debe algo? Pues pata, y hemos concluido. Paisanos, a la feria.

JUAN.—¿Lo veis?... Este se cura en salud.

FRAN.—No puedo ver ingrátitudes. Como si tú fueras a pedirle algo. No necesitas a nadie estando yo aquí.

JOR.—Muy bien dicho, y estando yo, menos.

JOSÉ.—Dale lo que quieras, y a tu sobrina también, y que te aproveche.

FRAN.—Pues sí señor... Si la quiere es suya.

JOSÉ.—Bueno, bueno. Paisanos... Vamos a los fuegos... A la feria.

TODOS.—Vamos. (Vanse José y el Coro general por el fondo.)

## ESCENA XXIII

Lucía, el Jorobeta, Ramón, Francisco y Juan Manuel.

RAM.—(A Pedro.) ¿Pero ha dicho que está pobre?

PED.—¿Pues no lo ha oído usted? (Vase taberna.)

## ESCENA XXIV

Dichos, menos Pedro.

RAM.—¿Y quién me va a pagar a mí?

LUCIA.—Pero tío... ¿Es verdad que?...

FRAN.—Cállate, tonta.

RAM.—Oye, Juan Manuel... dispensa. Pero... no vas a ofenderte, ¿eh?

JUAN.—¿Qué quiere usted?

RAM.—Que yo... Esta noche... ¿sabes?... Voy a necesitar eso...

JUAN.—¿Las dos onzas?

RAM.—Sí... un pago urgente... Si no, no te molestaría. (Aparte.) Me pinchan. ¡Caramba, que son treinta y dos duros!

JUAN.—Me sale usted como el señor José y la otra... Esta noche, esta misma noche te las daré... Y si no, ahora mismo... Francisco... Este tiene prisa ahora por cobrar las arracadas que no le he pagado.

FRAN.—Tú también, Ramón. ¡Parece mentira!

JOR.—(A Ramón.) Usted también... Hombre, busque usted quien le lleve la caja.

RAM.—Hombre... Yo le... Me pinchan.

FRAN.—Esta noche te daré yo esa miseria.

JUAN.—Gracias, Francisco.

FRAN.—Nada de gracias.

RAM.—Yo siento... pero, en fin. Bueno, hasta luego. ¡Caramba, que son treinta y dos duros! (Vase taberna.)

JOR.—(Amenazándole.) ¡Hombre... si me valiera!

## ESCENA XXV

Dichos, menos Ramón.

FRAN.—(Después de mirar a todos lados.) ¿Te has convencido ya? ¿Salió todo lo que yo te decía y más? ¿Has visto? Todos te vuelven la espalda.

JUAN.—Todos no, que me queda *usté*, Francisco.

FRAN.—Y dílo muy alto. Te quedamos ésta y yo. (Señalando a Lucía.) No lo digo por nada, ¿eh? Pero como mujer de su casa y buena como su tío...

JUAN.—¡Cómo ensancha el corazón en la desgracia contar con un buen amigo!

FRAN.—¿Cómo? ¿Qué desgracia? ¿Qué dices?

JUAN.—Lo que le he dicho al arraba hace un momento.

FRAN.—¡Bien has fingido!... ¡Bien! Y yo me parece que te he ayudado a engañarlos... ¡Mira que tú pobre!

JOR.—¡Ah! ¿Pero no es pobre?

FRAN.—Ca... hombre... ca!

JOR.—Me alegro. Me alegro... ¡Viva el Zamorano!

LUCÍA.—¿De modo, que todo era un engaño?

FRAN.—Todo, chica, inventado por mí.

JUAN.—No, Francisco; no, por desgracia. Todo es cierto. Lo he perdido todo.

FRAN.—¿Qué?

JUAN.—Que estoy pobre. Si señor... Por eso le dejé a *usté* hacer y decir... *usté* no menta.

LUCÍA.—¿De manera que...?

FRAN.—¿De modo que...?

JOR.—¡Pobre! ¡Pobrecito señor Juan Manuel!

JUAN.—Sí, señor... Y no hablemos más de esto, porque me apena. Buenas noches. ¡Ah! No se olvide *usté* de darle ahora mismo a ese las dos onzas.

FRAN.—No, hombre... Ca... Ahora mismo... (Transición.) Pero oye... ¿Y estando en esa situación, para qué quieres hacer ese gasto tonto?... Ese sacrificio. ¡Bah! No, no lo consiento. Lucía, trae, quitate esas arracadas. ¡No faltaba más! Toma... ¿Vas a gastarte dos onzas, y en mi chica? Vamos, no seas loco, Juan Manuel, no seas loco. Toma y devuélveselas a Ramón.

JUAN.—¿Que yo se las devuelva? ¿Que yo quede mal? Lucía, tuyas eran y tuyas son. Lo que da el Zamorano, no lo quita.

JOR.—(Llorando en un lado de la escena.) ¡Eso es un hombre!

FRAN.—¡Bueno, hombre... bueno! Lucía, anda para la posada.

LUCÍA.—Buenas noches. ¿Pero ya no me caso con él tío?

FRAN.—¡Cá, mujer, ca! ¿Ya para qué?

LUCÍA.—¡Ay, qué alegría! (Vase posada.)

FRAN.—Buenas noches, Juan Manuel!... ¡Pobre! ¡Pobre! ¡Bonito negocio! (Vase taberna.)

JUAN.—¡Anda con Dios! ¡Todos lo mismo! ¡Cómo se parece el pobre al muerto! ¡Todos le olvidan!

## ESCENA XXVI

Juan Manuel y el Jorobete

JOR.—(Se aproxima a Juan Manuel, se arrodilla delante de él y le besa la mano.) Yo no, señor Juan Manuel. Yo no.

JUAN.—¿Qué es esto? ¿Qué dices tío?

JOR.—Que yo no, que yo no le olvido. Yo, el Jorobeta, el último del pueblo, el que todos desprecian, el perro de la calle, ese, ese le sigue a usted besando la mano y bendiciendo su nombre y diciéndole a gritos a todos esos tunos... ¡Ingratos!... ¡ingratos!... ¡Aprended a ser agradecidos!

JUAN.—¡Pobre muchacho! Levanta, hombre, levanta. Ven a mis brazos, que este es tu sitio. (Le abraza.)

JOR.—¡Me ha abrazado! ¡Me ha abrazado! El... ¡El Zamorano! ¡Vaya una honra! Tome usted, tome usted.

JUAN.—¿Pero qué me das?

JOR.—Las tres perras de antes y otra perra que me dió el platero por llevarle la caja. Yo nada necesito. No tengo más. No puedo dar más. Lo siento. ¡Qué se le va a hacer!... El que da lo que tiene... Con Dios, señor Juan Manuel. Con Dios. (Vase rápido fondo.)

## ESCENA XXVII

Juan Manuel y Ramón. Pedro por la taberna

PED.—(A Ramón.) Allí está todavía. (Señalando a Zamorano.)

RAM.—Me alegro.

PED.—Ande usted con él... ¡Pobre Zamorano! (Con ironía.)

RAM.—(A Juan Manuel.) Juan Manuel, Francisco acaba de decirme que él no me paga eso. ¿En qué quedamos?

JUAN.—¡Diantre!... ¡Qué amargo es el no tener!

RAM.—¿En qué quedamos?

JUAN.—(Aparte.) (Como me acorralan...) Espere usted.

PED.—(Acercándose. Aparte.) Si no tiene dinero, vaya un compromiso.

JUAN.—¡Ah! Pedro...

PED.—(Con ironía.) ¡Hola! Siento tu desgracia. Cosas de la vida.

JUAN.—Sí.

RAM.—¿Pero me pagas o no me pagas?

JUAN.—Sí, hombre... Sí... Te pago. ¡Pedro! (Aparte.) No hay otro remedio!

PED.—¿Qué quieres?

JUAN.—Necesito dos onzas para pagarle a este buen amigo. No te las pido. Te vendo mi manta. Bien las vale. ¿La quieres?... Como esta no hay ninguna en Zamora, por lo extraña y por lo rica.

PED.—(Mirando la manta.) Sí, hombre, sí. Venga. Te la compro. Me deberás ese favor.

JUAN.—¡Toma... Ahí va mi mantilla. Págame a ese. (Señalando a Ramón.)

PED.—(Cogiendo la manta.) No es mal negocio. Venga usted a la taberna, señor Ramón. (Vase taberna.)

RAM.—En seguida. (A Juan Manuel.) Chico, dispensa. Pero la necesidad, los tiempos están tan malos... (Vase taberna.)

JUAN.—Los tiempos no, los amigos.

## ESCENA XXVIII

Juan Manuel

MÚSICA

JUAN.

Como en pintura me veo  
es lo que dice el cantar.  
«No fies en las mujeres,  
ni en los amigos jamás;  
que las mujeres olvidan  
v los amigos se van.»

## ESCENA XXIX

Dicho, María Juana y Lucía por el balcón

- LUCIA                   Aun no se ha marchado,  
                          aun le puedes ver,  
                          yo que tú bajaba,  
                          y hablaba con él.
- MARIA                   No quiero verle,  
                          déjame, no.
- LUCIA                   Baja, no hay nadie,  
                          buena ocasión.
- (Hablan bajo.)
- JUAN                   ¡Como cambia la fortuna!  
                          ¡Quién pensara, quién dijera!  
                          Que olvidado así se viera  
                          hoy por todos Juan Manuel.
- LUCIA                   Anda, tonta, baja y dile  
                          que tu amor no es traicionero.
- MARIA                   Dices bien. Porque le quiero.  
                          Necesito hablar con él.
- (Se retiran del balcón.)
- JUAN                   Pero a todos desprecia  
                          mi corazón,  
                          A olvidar, Zamorano,  
                          que es lo mejor.

Se dirige al fondo y aparece en el umbral de la puerta de la posada la figura de María Juana iluminada por la luna que refleja en la fachada de la casa

## ESCENA XXX

María Juana. Juan Manuel

- MARIA                   Juan Manuel.
- JUAN                    ¡Ella! ¿Qué quieres?
- MARIA                   Quiero hablarte.
- JUAN                    No te oiré.
- MARIA                   Es que quiero que me escuches
- JUAN                    ¿Escucharte?... ¿Y para qué?
- MARIA                   (Pausa y avanzan a los soportales.)
- JUAN                    ¿No eres tú la mujer que hace poco  
                          al compás de sonoras guitarras  
                          en su voz toda el alma poniendo  
                          sus amores allí me cantaba?
- JUAN                    ¿No te acuerdas?
- MARIA                   Pues oye, yo sí.
- JUAN                    ¿No te acuerdas?
- MARIA                   Cantabas así:
- JUAN                    «De Bermillo de Sayago  
                          es el hombre a quien yo quiero  
                          De Bermillo de Sayago  
                          es el hombre por quien muero.»
- MARIA                   Al compás de las mismas guitarras  
                          tú también tu pasión me juraste:  
                          tú también al compás de la jota  
                          tus amores allí me cantaste.
- JUAN                    ¿No te acuerdas?

Pues oye, y sí.  
¿No te acuerdas?  
Cantabas así:

Tengo que darle a mi novia,  
cuando me case con ella,  
más besos que tié colores  
mi mantilla sayaguesa.»

JUAN  
MARIA  
LOS DOS

No lo niego.  
Yo tampoco.  
Yo no niego  
mi cantar,

JUAN

Tu desprecio  
mi alma hiere.

MARIA

Tu desprecio  
me hirió más.

JUAN

La mujer que quiere a un hombre,  
por pobre no le desprecia,  
que vale un alma más plata  
que toda la de la tierra.

MARIA

El que quiere a una mujer,  
si ella le ofende y le enoja,  
que la olvide y que la deje,  
no la desprecie por otra.

JUAN

Por ser pobre  
mi amor tú dejaste.

MARIA

Tú por otra  
mi amor despreciaste,

JUAN

Mentira, María Juana,  
por otra no te dejé.

MARIA.

Tampoco yo, Zamorano,  
por pobre te desprecié.

Te quiero,  
me muero,

¡qué vale el dinero  
para un corazón  
como este que amante  
palpita constante  
henchido de amor!

JUAN.

Pues si aún me prefieres  
y la misma eres  
y amante me quieres  
con loca pasión,  
también, mi María,  
también, vida mía,  
es tuyo mi amor.

(Con pasión.)

MARIA.

«De Bermillo de Sayago  
es el hombre a quien yo quiero.  
De Bermillo de Sayago  
es el hombre por quien muero.»

JUAN.

«Tengo de darle a mi novia,  
cuando me case con ella,  
más besos que tié colores,  
mi mantilla sayaguesa.»

LOS DOS.

Te quiero,  
me muero,  
¡qué vale el dinero  
para un corazón  
como este que amante

palpita constante  
henchido de amor!

HABLADO

JUAN.—Si no era posible que tu...

MARIA.—¿Te convences?

JUAN.—Sí, te quiero. Te quiero.

MARIA.—Vete. Si alguien viniera...

JUAN.—Tienes razón. Pero a las once vuelvo. Necesito que hablemos más.

MARIA.—A las once te espero en el balcón. (Habían bajo.)

ESCENA XXXI

Dichos y Pedro, Ramón y Francisco.

PED.—Lo digo y lo repito. El Zamorano la deja; ella le ha despreciado y María Juana es para mí... Para Pedro.

RAM.—Que nones.

FRAN.—Me parece a mí que no.

RAM.—Y míralos allí juntitos.

FRAN.—Y hablándose de amor. Seguro por las señas.

PED.—(Alzando la voz.) ¿Qué es esto?

MARIA.—No tardes... Pero ¡ay, Dios mío! Viene gente. (Vase corriendo posada.)

JUAN.—¿Quién llega?

RAM.)

FRAN.) ¡Ay, qué risa!

PED.—¡Soy yo, Pedro! Que quiero a esa mujer que antes te despreció. Que quiero que sea mía.

JUAN.—¿Tuya?... Esos son sueños, Pedro... Sueños. La quiero todavía y ella me quiere... ¿Te estorbo? Tú a mí también. Y ahora, anda, vamos a ver quién de los dos se quita el estorbo.

PED.—Vamos.

RAM.—(Interponiéndose.) Pero ¿a dónde vais a ir a estas horas? A pincharos. A pincharse... Ni que fuérais dátiles. Y sin haberme pagado... Vamos, hombre, que no.

FRAN.—Que no. Cada uno por su camino y esto se ha acabado.

JUAN.—A mí me da lo mismo ahora que luego. Cuando quieras me buscas a solas y me encuentras. Sin nadie que nos vea. Pero, óyelo bien, esa mujer es mía y nada más que mía. Hasta cuando quieras. Buenas noches, señores. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XXXII

Dichos, y a poco el Jorobeta por el fondo.

PED.—Pero ¿veis esto, hombre?

RAM.—Anda tú, anda, vamos a la taberna que te has *sofocao*. Paga unas copas.

FRAN.—Eso es.

JOR.—¿No está el Zamorano? ¿A dónde habrá ido? Calle, estos aquí... (Se oculta.)

PED.—Por ustés le he dejado. Pero a Juan Manuel le hago yo un desavío, que se lo hago.

JOR.—(Aparte.) ¿Cómo?... Este no ha escarmentado todavía.

PED.—Y esa mujer, su novia, María Juana, va a ser mía y muy pronto. Esta noche. Y esta manta, esta, la del Zamorano, en aquel balcón, en el de ella, va a publicar mañana en el arrabal que María Juana es de Pedro y nada más que de Pedro.

JOR.—¿Qué?

FRAN.—¿Tú que vas a hacer eso?... Chico, calla.

RAM.—¡Anda, anda *pa* adentro!

PED.—Por estas... Lo juro. (Vanse los tres taberna.)

JOR.—Pues por estas juro yo también que te has caído, chaquetón. (Vase posada.)

### ESCENA XXXIII

Se apaga la luz eléctrica de los soportales; queda la escena a oscuras y sólo iluminada por la luna. María Juana, al balcón regando los tiestos y Lucía.

LUCIA.—Ten cuidado no pase alguien.

MARIA.—No hay cuidado, Lucía. Si riego los tiestos, es para que las flores se alegren y den más perfume para cuando Juan Manuel venga.

LUCIA.—¡Qué cosa más buena debe ser hacer las paces con el hombre a quien se quiere!

MARIA.—Ya lo creo.

LUCIA.—¿De modo que a las once le tendrás aquí?

MARIA.—A las once.

LUCIA.—¡Cuándo esperaré yo así a mi Pedro!

MARIA.—No pierdas la esperanza.

LUCIA.—Vaya, pues yo te dejo, que ya las once estarán al caer y no quiero ser indiscreta.

MARIA.—¿A dónde vas?

LUCIA.—A acostarme.

MARIA.—Pues hasta mañana.

LUCIA.—Adiós. (Se besan y vase Lucía.)

MARIA.—(Apoyada al balcón.) ¿Vendrá pronto? Tengo una impaciencia.... Pero... No debo estar al balcón esperándole. Que espere él a que yo salga... Justo. Eso debe ser. (Vase.)

### ESCENA XXXIV

Pedro, saliendo de la taberna.

#### MÚSICA

A todo estoy dispuesto;  
segura es la ocasión;  
la calle está desierta.  
¡Valor... Pedro... valor!

(En un reloj de torre lejano, dan las once. Pedro dirigiéndose a todos lados y luego al fondo. Después sube por la reja, echa la manta a los hierros del balcón donde se apoya para trepar.)

JOR.—(Desde la puerta de la posada con una horquilla grande de labranza.)

¡Perico!... ¡Ah!... ¡Tunante!

(A María Juana que aparece en el balcón.)

¡Chiquilla!... ¡Valor!

Que aquí está el demonio  
con su tenedor.

(Pincha a Pedro que se defiende de los ataques de María Juana y del Jorobeta.)

PED. ¡Maldito! (Al Jorobeta.)

MARIA. ¡Cobarde!

PED. Te voy a matar. (Al Jorobeta.)

JOR. Baja pronto, que te espero,

y te voy a reventar.

### ESCENA XXXV

Dichos y Juan Manuel, segunda derecha.

JUAN.—(Echándose en el grupo del balcón.)

¿Qué es esto?

(Pedro haciendo un supremo esfuerzo cae al suelo desde el balcón.)



JOR. Se escapa  
(Echa a correr detrás de él con la horquilla.)  
JUAN. Matarle quiero.

MARIA (Vase corriendo tras breve lucha.)  
¡Jesús me valga!  
¡Ay, Virgen bendita,  
no sé lo que hacer!  
Se alejan, ¡Dios mío!  
Tras ellos iré.  
(Vase del balcón y a poco sale la figura por la posada y  
sale corriendo por primera derecha.)

CORO (Dentro.)  
*Paloma voladora  
que vas al palomar,  
paloma, que ya es hora  
de ir al palomar.*

### ESCENA XXXVI

Ramón y Francisco por la taberna, algo alegres

#### HABLADO

RAM.—Oye, Francisco... No te caigas. Vete derecho como yo.  
FRAN.—Ramón, no escribas.  
RAM.—¿Por qué lo dices, por las eses?... Si es que juego.  
FRAN.—(Reparando en el balcón y en la manta.) ¡Pero oye... ¡María Santísima!  
Mira... Mira. (Señalando al balcón.)  
RAM.—¿Qué?  
FRAN.—La manta de Pedro.  
RAM.—Pues es verdad... ¡Y en el balcón de María Juana! ¡consumatum est!  
FRAN.—Hizo lo que nos dijo.  
RAM.—Por las señas...  
LOS DOS.—¡Qué barbaridad!

### ESCENA XXXVII

Dichos y José con el coro general, fondo izquierda

JOSÉ.—Vaya, vaya a descansar... Que mañana será otro día. Vamos a la posada... Yo iré delante.  
RAM.—(Interponiéndose.) ¡José!  
FRAN.—¡José!  
JOSÉ.—¡Ah! ¿Pero estáis ahí?... ¿Que queréis?  
RAM.—¡José! (Abrazándole.)  
FRAN.—¡José! (Idem.)  
JOSÉ.—¡Anda!... ¡Buenos estais! (Todos rien y toman grupos.)  
RAM.—(A Francisco.) Hay que decirselo.  
FRAN.—Pus claro.  
RAM.—José... Mira. (Mostrándole el balcón.)  
FRAN.—Ya no tiene remedio, hijo.  
JOSÉ.—¿Qué es ésto? ¿La manta del Zamorano en el balcón de mi hija?  
LOS DOS.—Sí.  
RAM.—José... Hay que casarlos.  
JOSÉ.—¿Qué?... ¿Qué decis?  
FRAN.—Que hay que casarlos.  
RAM.—Que eso no sé cura más que con el cura.  
JOSÉ.—¡Ah! Conque ese sinvergüenza del Zamorano, porque se la he negado... (Llamando.) ¡María Juana! ¡María Juana!

FRAN.— ¡Pobre José! ¡Vaya un tranel!

RAM.— ¡Y gordo!

### ESCENA XXXVIII

Dichos y Lucía por el balcón, cuando se indique

JOSÉ.— ¿Pero dónde está mi hija?

LUCIA.— (Dentro.) ¿Quién llama?

JOSÉ.— ¡Es la voz de Lucía!

FRAN.— ¡Mi sobrina, sí! (Asustado.)

JOSÉ.— ¿Pero dónde está María Juana?

LUCIA.— (Saliendo al balcón a medio vestir.) Aquí no está... Yo la dejé en el balcón... después no sé...

FRAN.— ¿Tú?

RAM.— ¡Lucía! Es Lucía... ¡Pobre Francisco!

JOSÉ.— Hay que casarlos.

FRAN.— ¿Pero estás sola?

LUCIA.— Sí, señor.

FRAN.— ¿Pero no ha subido nadie?

LUCIA.— No, señor.

JOSÉ.— ¿Pero dónde está María Juana?

FRAN.— ¿Pero y esa manta?

RAM.— ¿Qué ha pasado aquí?

JOSÉ.— ¿A que se han escapado?

FRAN.— Lucía... ¡Baja! Baja aquí con tu tío en seguida.

LUCIA.— Allá voy... ¿Pero qué pasa? (Se retira del balcón.)

### ESCENA FINAL

Dichos, María Juana, el Jorobeta, Juan Manuel, cuando se indique, por la posada, Lucía.

JOR.— A quitar, a quitar la manta, porque si la ven...

MARIA.— (Viendo a todos y retrocediendo.) ¡Ay, todos aquí!

JUAN.— ¡Adelante! ¿Que te importa?

JOR.— Adelante los valientes.

JOSÉ.— ¡María Juana! ¿Y con ese hombre? ¡Ven! ¿Qué es esto? Habla.

JUAN.— Quien va a hablar soy yo. Esta mujer viene conmigo de ver correr a un hombre que no tuvo valor para hacerme cara.

JOR.— Ni a mí... eso...

JUAN.— Ese hombre es Pedro, que quiso lograr de esta mujer por fuerza lo que por amor no lograba. Porque esta mujer es mía y a mí solo me quiere pobre y todo.

JOSÉ.— ¿Qué? ¿Tuya?

JUAN.— Sí, señor; me quiere.

MARIA.— Le quiero, sí, padre... Con toda mi alma.

JOSÉ.— ¡María Juana!

JOR.— (Interponiéndose.) Sí, se quieren mucho.

JUAN.— Y esa manta que véis ahí colgada de esos hierros no publica deshonra como pretendía ese infame de Pedro. Lo que publica ahí colgada con sus vistosos colores y sus rizados flecos es fiesta y alegría. Eso, eso es lo que está diciendo a voces desde ese balcón mi manta zamorana.

VOCES.— ¡Eso! ¡Eso!

RAM.— (A José.) Que se casen, hombre, que se casen; sea usted agradecido. Si no, va a ser peor.

LUCIA.— ¡Tío!... Aquí estoy...

FRAN.— ¡Lucía!... ¿Pero no subió nadie, hija mía? ¿No ha subido Pedro?

LUCIA.— (Llorando.) No, tío... No... No ha subido nadie.

FRAN.— Calla y no llores, hija, que parece que lo sientes.

JOSÉ.— ¡Bueno, hombre! Bueno, que se casen. (Alegria en todos.)

JOR.— Viva el Zamorano, y la novia del Zamorano y el Jorobeta.

MARIA.— (A Juan Manuel.) Pues ya es tuya María Juana, en mí tendrás más amores que flecos tiene y colores tu mantilla zamorana. (Música y TELÓN)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

# EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.  
Economía por la duración.  
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bujías sueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO", - Madrid  
CARDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos  
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

# FRINÉ

A NUESTRAS LECTORAS

Cumplida la parte más esencial de nuestro propósito al fundar esta Revista— la divulgación de los más interesantes temas acerca del **Hogar**, la **Higiene** y la **Toilette**, etc. etc.—, nos complacemos en manifestar que a partir del corriente número, FRINÉ quedará convertido en una interesantísima Revista de Modas que publicará previa una exquisita selección, numerosos y bellísimos toillettes —más de

**CIENTE FIGURINES SEMANALES**

—confeccionados por los más famosos modistos de Londres, París y New-York. Esto no será óbice para que sigamos consagrando como hasta aquí una muy preferente atención a todas aquellas fundamentales materias que integran el mundo social, intelectual y físico de la Mujer.

El precio y el formato de esta Revista seguirá siendo el mismo.

todos los moros  
y cristianos usamos  
la lampara Osram.  
Es la mejor de la Tierra. 6

Dios, esta  
en todas partes  
pero en las casas  
que no usan Osram  
esta muy poco tiempo. 8

Si Osram  
fuera torero  
no necesitaría  
traje de luces,  
ni pañuelos. 1.

Añ me pongan  
de rodillas todo  
el curso, no estudio  
y no me ilumina  
una lampara Osram. 7

### LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS

son los autores de las grandes verdades.  
Ellos están conformes en reconocer a la  
lampara OSRAM como la mejor en luz, so-  
lidez y economía. La lampara OSRAM  
ALUMBRA, DESLUMBRA

Oficinas y  
Talleres de

**PRENSA POPULAR**

propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné,  
Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Ascensio, núm. 3. ---MADRID.